

- ¡Ardiendo!

- ¿Y el Trastevere?

Ginnio le miró atónito, y exclamó, oprimiéndose las sienes con las manos:

- ¿Y qué nos importa á nosotros del Trastevere?

- Me importa más que otro barrio cualquiera de Roma, gritó Vinicio acalorándose.

- Puedes seguir el camino que conduce á la *Via Portuensis*, al Aventino, pero te sofocará el excesivo calor. ¿El Trastevere? ¡No sé nada! El fuego aún no había llegado allí; pero los dioses saben si habrá llegado á estas horas.

Ginnio quedó un tanto perplejo. Después susurró al oído del joven:

- Tú no me vendes, lo sé; por esto te digo que no se trata de un incendio casual. ¡No se permitió á la gente salvar el Circo! Cuando empezaron á arder las casas en varios puntos, yo mismo oí miles de voces que gritaban: «¡Muerte á los que intenten salvar!» Se veía correr por las calles hombres con hachas encendidas, entrando aquí y allí. El pueblo está excitadísimo y dice que la ciudad ha sido incendiada por orden superior. No puedo decir más. ¡Pobre Roma y pobres de nosotros! No puede el lenguaje humano describir lo que sucede. El pueblo perece entre las llamas y se matan unos á otros en medio de la confusión y de las angustias. ¡Ha llegado el fin de Roma!

Y suspiró de nuevo:

- ¡Miseria ciudad y míseros de nosotros!

Vinicio montó en su caballo, queriendo recorrer en el más breve tiempo posible la *Vía Apia*, lo cual le resultaba difícilísimo por la continua aglomeración de gentes y de carros procedentes de la ciudad. Ésta se le presentaba ahora á la vista. Desde aquel océano de fuego y de humo llegaba el calor, y el chisporroteo de las llamas y el crujido siniestro de las materias en combustión ahogaban los gritos y lamentos de los ciudadanos.

XLIII

Cuanto más se acercaba Vinicio á Roma, tanto más se convencía de lo difícil que era penetrar en la ciudad.

La *Vía Apia* rebosaba de gente. Las casas y los campos, los cementerios, los jardines y los templos estaban transformados en verdaderos campamentos. En el templo de Marte, junto á la Puerta Apia, la muchedumbre había derribado las puertas, para pasar la noche bajo techado. En los cementerios ocurrían luchas sangrientas, queriendo algunos apoderarse de los sepulcros y otros defendiendo la entrada. Ustrina, con sus luchas, no daba más que una pálida idea de lo que sucedía en la capital. Todo respeto á la ley, á los vínculos de parentesco, al orden social, todo había dejado de existir.

Los gladiadores beodos, habiendo consumido todo el vino robado en el Emporio, con sus desaforados gritos sembraban el pánico por las calles, insultando y atemorizando á cuantos encontraban al paso. Numerosos bárbaros, destinados á ser vendidos en el mercado, habían logrado escapar. Para ellos, el incendio de Roma significaba el fin de la esclavitud y la hora de la venganza. Y mientras los ciudadanos que veían destruído por las llamas todo su patrimonio, levantaban desesperadamente los brazos al cielo pidiendo auxilio á los dioses, aquellos esclavos se precipitaban sobre ellos y con gritos de júbilo les arrancaban las vestiduras y les robaban las mujeres, jóvenes aún. Y en su criminal tarea encontraban apoyó en los antiguos esclavos que desde hacía largo tiempo servían en Roma, en los mendigos que no tenían más propiedad que sus andrajos y en las repugnantes figuras de baja estofa que en Roma no solían asomar por las calles durante el día. Y aquellas bandadas compuestas de asiáticos, africanos, británicos, germanos, griegos y tracios, vociferaban en todas las lenguas más ó menos conocidas, saltando de alegría y anunciando que había llegado la hora de su rescate, durante tantos años esperada.

En medio de aquel mar borrascoso brillaban á la luz del sol y de las llamas los yelmos de los pretorianos, á cuya protección se encomendaban los fugitivos y que sostenían cruenta lucha con la embriagada muchedumbre. Vinicio había tenido ocasión de ver muchas ciudades sitiadas; pero sus ojos no habían contemplado nunca semejante caos de desesperación, de lágrimas, de tormentos, de rabia, de salvaje alegría, de delirio y de desenfreno. Y sobre toda aquella multitud loca y delirante, el fuego centelleaba en las colinas de la ciudad más grande de la tierra, apestando el aire con humo tan denso que cubría el firmamento azul. Con dificultades que iban aumentando á cada paso, poniendo á cada momento su vida en peligro, el joven tribuno logró llegar á la Puerta Apia. Pero allí reconoció la imposibilidad de internarse en Roma por la Puerta Capuana, á causa del excesivo calor y de la aglomeración de gente. No existía aún el puente de la Puerta Trigenia, frente al templo de la Buena Diosa; así, pues, el que quería pasar al otro lado del Tí-

ber tenía que atravesar el Puente Sublicio, pasar por el Aventino, recorriendo luego un barrio convertido en aquellos momentos en una terrible hoguera. Esto hubiera sido una locura inútil. Vinicio se convenció de que debía retroceder con su caballo hacia Ustrina, desviarse un poco de la Vía Apia, pasar el río en el extremo de la ciudad, tomar la Vía Portuense y por allí dirigirse al Trastevere. Esto, sin embargo, no era fácil, dada la confusión que reinaba en la Vía Apia, y tuvo que abrirse paso con la espada en la mano. No tenía otras armas, porque había dejado Anzio de improviso, apenas llegó á sus oídos la noticia del incendio.

Distinguiendo de pronto, junto á la fuente de Mercurio, á un centurión á quien conocía y el cual, al frente de cuarenta hombres, custodiaba la entrada del templo, le ordenó que le siguiese, y aquél, reconociendo á Vinicio, se apresuró á obedecerle. El joven asumió el mando del escuadrón y olvidó las enseñanzas de Pablo sobre el amor al prójimo, procurando atravesar por entre la prensada muchedumbre con tal precipitación, que derribaba á todos los que no tenían tiempo de esquivar la marcha vertiginosa de los soldados.

Las maldiciones y las piedras lanzadas sobre ellos fueron innumerables; pero Vinicio no se daba por advertido y se apresuraba á cruzar las calles en que la aglomeración no era tan grande. Las dificultades aumentaban. Los que habían acampado no querían desembarazar el camino y maldecían á César y á los pretorianos. De cuando en cuando parecía que la multitud quería rebelarse y Vinicio oía profetizar amenazas de muerte contra Nerón, á quien acusaban como autor del incendio, y contra Popea. Se maldecía al histrión, al incendiario, al matricida. Algunos proponían que fuese arrojado al Tíber aquel monstruo cruel, otros anunciaban que iban á acabar con todo porque la paciencia tenía un límite. Era fácil comprender que no faltaba más que una cabeza para arrastrar á toda aquella turba indignada al cumplimiento de las amenazas.

Mas, por el momento, toda la ira se desahogaba contra los pretorianos, á los cuales les era más difícil entonces abrirse paso, pues en todas las calles se levantaban barricadas con las mercancías salvadas del fuego, con cestas, cajas, muebles, jarros, cunas, camas y trastos de todo género. De cuando en cuando se promovían por este motivo serias disputas, de las cuales, gracias á las armas, salían victoriosos los pretorianos. Después de haber atravesado, no sin trabajo, la Vía Latina, Numicia, Ardea, Lavinia y Ostia, pasando frente á quintas, jardines, cementerios y templos, Vinicio llegó por fin al *Vicus Alexandri*, desde donde pasó á la otra orilla del Tíber. Allí el aire era un poco más respirable. Por fugitivos que continuamente encontraba supo que sólo algunas calles del Trastevere se habían librado hasta entonces de las llamas, pero que no había esperanza de salvación, porque muchos se movían con el intento de propagar el fuego á todos los ángulos de la población, siguiendo, decían, las órdenes recibidas. Vinicio no dudaba ya de que el incendio era un capricho monstruoso de Nerón, y encontraba justísima la venganza que el pueblo reclamaba con sus gritos.

¿Qué más podía haber hecho Mitrídates ó cualquier otro enemigo acérrimo de Roma? Se había rebasado el límite: la crueldad de Nerón era enorme. Para él la vida de todo un pueblo corría serio peligro. Según Vinicio, había sonado la hora de la justicia, y sin duda entre las ruinas de aquella ciudad debía quedar sepultado aquel monstruo insensato junto con sus delitos. Si un hombre solo se hubiese mostrado dispuesto á ponerse á la cabeza del pueblo enfurecido, el destino de César hubiérase cumplido en aquel mismo instante. Terribles ideas de venganza cruzaron por su mente. ¿No podía ser él el hombre indicado? Su familia, gloriosa y larga serie de cónsules, era conocida en toda Roma. No faltaba más que un nombre. El día de la ejecución de

los esclavos de Pedanio Segundo estuvo próxima á estallar una revuelta entre los ciudadanos. ¿Qué sucedería, pues, ante tan inmensa desgracia, como no la había sufrido Roma en el transcurso de ocho siglos? El que llamara á las armas á los Quirites, pensaba Vinicio, podía seguramente arrojar de su trono á Nerón y vestir la púrpura. ¿Por qué no podía realizar esto él, el más valeroso y el más joven de todos los cortesanos? Era cierto que Nerón disponía de treinta legiones que guardaban todo el imperio hasta sus confines; pero ¿no se habían de sublevar todas en cuanto conociesen la infausta nueva del incendio de Roma?

En este caso el camino del trono le sería abierto. Entre los augustianos corría la voz de que un adivino había profetizado á Otón que había de ceñir la corona imperial. ¿En qué le superaba Otón? Quizás el mismo Cristo le ayudaría con su omnipotencia divina; quizás era Él mismo quien le inspiraba. «¡Oh! ¡Si fuese así!» exclamaba Vinicio absorto en sus pensamientos. Vengaría en Nerón los peligros que había corrido Licia y sus angustias; con él empezaría el reino de la verdad y de la justicia, y la doctrina de Cristo se extendería con su apoyo desde el Eufrates hasta las nebulosas costas británicas; su Licia vestiría la púrpura y él la haría reina del mundo. Pero estos pensamientos que se agitaban en su cerebro cual luminosas chispas, como éstas eran fugaces y no tardaron en desaparecer. Ante todo debía pensar en salvar á Licia.

Había llegado al teatro de la catástrofe; inmensa angustia volvió á asaltarle, y en presencia de aquel mar de fuego y humo, ante la horrenda realidad, surgió en su alma la esperanza de que Pedro lograría salvar á su Licia. Profunda desesperación se apoderó de él en la Vía Portuense, que conducía directamente al Trastevere. Corrió precipitadamente hasta la puerta, donde algunos fugitivos le confirmaron que aquel barrio estaba inmune en algunas partes, pero no en todas.

También allí el humo lo envolvía todo, y circular por las calles era más difícil que por otros sitios, pues estaba interceptado el paso por objetos de todas clases que las gentes trataban de salvar. En algunos puntos de la calle principal el paso quedó completamente obstruido; junto á la Naumaquia de Augusto los trastos formaban verdaderas montañas. El humo hacía inaccesibles las calles más estrechas. Los habitantes huían á millares, y más de una vez, encontrándose en dos opuestas corrientes por aquellas callejuelas, chocaban y se pisoteaban unos á otros. En medio de tan horrible confusión se perdían familias enteras; las madres llamaban desesperadamente á sus hijos, éstos á sus madres, y eran generales la angustia y el dolor. Vinicio sentía que se le erizaban los cabellos á la sola idea de cuanto debía ocurrir allí donde prendía el fuego. El estrépito no permitía preguntar ni oír una palabra. De cuando en cuando nuevas columnas de humo llegaban al otro lado del río, un humo más denso, más pesado, que envolvía en la obscuridad de la noche casas y personas. Por fortuna el viento volvía á arrastrarlas, y así Vinicio, espoleando al caballo, pudo llegar á la calle en que estaba situada la casa de Lino. La abrumadora temperatura de julio se hacía más insoportable por el calor de los barrios incendiados. El humo entorpecía la vista, los pulmones buscaban en vano aire respirable. Todos los que habían calculado que el fuego se limitaría á la ribera opuesta y no habían abandonado sus casas, salían ahora de ellas precipitadamente, aumentando la confusión. Los pretorianos que seguían á Vinicio, separados de éste por la muchedumbre, acabaron por quedarse atrás poco á poco.

De pronto, un pesado golpe de segur sobre la cabeza del caballo de Vinicio encabritó al animal, que se negaba á seguir adelante. Por su rica túnica habían reconocido todos al augustiano, y empezaron á gritar: «¡Muerte á Nerón y á sus incendiarios!» El peligro era grande; miles de manos se extendían amenazadoras ha-

cia Vinicio, pero el caballo enfurecido emprendió veloz carrera, derribando á todos los que no supieron esquivarlo á tiempo. En seguida otra columna de humo denso volvió á envolver todo el camino en las tinieblas más profundas. Vinicio comprendió que el caballo no le serviría más que de estorbo.

Saltó de la silla y anduvo á pie, rozando los muros y parándose cada vez que pasaba un grupo de fugitivos. Decía entre sí que todas sus fatigas resultarían inútiles. Licia habría escapado ya y sería más fácil encontrar un alfiler entre las arenas de la playa que á Licia en medio de aquel caos. Pero, aun á costa de la vida, estaba decidido á llegar hasta la casa de Lino.

De vez en cuando se veía obligado á pararse para restregarse los ojos. Luego, arrancando un pedazo de su túnica, se tapó la nariz y la boca y prosiguió su lento y difícil camino. Cuanto más se acercaba al río, más ardiente era el calor. Vinicio sabía que el incendio se había iniciado en el Circo Máximo, por lo cual deducía que el calor provenía de allí como también del *Forum Boarium* y del *Velarium*, pues hallándose ambos próximos al Circo, debían haber sido también presa de las llamas. Un viejo que apenas podía sostenerse le gritó al pasar: «¡No te acerques al Punte de Cestio! ¡Arde toda la isla!» Era el último fugitivo que encontraba; ya no era posible hacerse ilusión alguna. Doblando el *Vicus Judeorum*, donde estaba la casa de Lino, el joven vió á través del humo serpentear las llamas. No sólo ardía la isla, sino la mayor parte de la calle donde se hallaba la habitación de Licia.

Vinicio recordó que un jardincito rodeaba la casa de Lino. Entre éste y el Tíber se extendía un campo inculto. Esto le infundió alguna esperanza. Era probable que el fuego no hubiese llegado á aquel campo, y algo alentado siguió adelante, precipitadamente, á ciegas, desafiando al viento, que no sólo le envolvía en una nube de humo, sino en un número infinito de chispas, que avanzando y girando en incesante torbellino amenazaban incendiar el otro extremo de la calle, quitándole toda posibilidad de retroceder.

Por último, á través de las espesas nubes, logró distinguir los cipreses del jardín de Lino. Las casas situadas al otro extremo del campo habían quedado reducidas á cenizas; la isleta de Lino únicamente permanecía incólume. Vinicio dirigió al cielo una mirada de gratitud y corrió hacia la casa, aunque el calor amenazaba sofocarle á cada momento. La puerta estaba cerrada; la empujó y entró.

En el jardín no se veía un alma y la casa parecía desierta. «Quizás habrán perdido el sentido á causa del calor y del humo,» pensaba Vinicio.

— ¡Licia, Licia!, gritó.

¡Ni una respuesta! No se oía más que el siniestro crujido de las casas cercanas.

— ¡Licia!

De pronto resonó el profundo rugido que otra vez le había hecho temblar en aquel jardín. Era evidente que el *Vivarium*, situado junto al templo de Esculapio, en la isla vecina, debía estar ardiendo. Vinicio se estremeció. Era la segunda vez, desde que el pensamiento de Licia absorbía todas sus facultades, que le contestaban aquellas voces amenazadoras, como nuncios de una desgracia.

Pero esta impresión no duró mucho, porque el fuego, más espantoso entonces que el rugido de las fieras, le obligaba á no ocuparse de otra cosa. Nadie había respondido á su llamada; pero supuesto que Licia podía estar privada de sentido ó presa de la asfixia, Vinicio se precipitó en las habitaciones interiores.

El pequeño atrio estaba vacío de muebles, pero lleno de humo. Buscando á tientas la puerta que conducía al dormitorio de Licia, distinguió la claridad que daba un cirio encendido, y entrando, reconoció el larario, donde, en lugar de los lares, había una cruz. Por la mente del catecúmeno cruzó la idea de que aquella

luz se le ofrecía la cruz misma para encontrar á Licia. Cogió el cirio y penetró en el *cubiculum*, levantó la cortina y miró en derredor. No había nadie. Vinicio estaba seguro de encontrarse en el camarín de Licia, pues colgados de las paredes se veían algunos de sus vestidos, y sobre el mismo lecho había un *capitium*, especie de camisa que llevaban las mujeres. Vinicio se apoderó de aquella prenda para cubrirla de besos, y poniéndosela luego al brazo, continuó buscando.

La casa era pequeña, por lo cual en poco tiempo pudo examinar todos los rincones. Pero no logró encontrar alma viviente. Era indudable que Licia, Lino y Ursus habían buscado su salvación en la fuga.

«Los buscaré fuera de las puertas,» pensó Vinicio.

No le extrañaba no haberles encontrado en la Vía Portuense, pues era muy probable que hubiesen abandonado el Trastevere, tomando el camino opuesto, por la parte del Vaticano. Mas lo importante era que hubiesen escapado de las llamas. A Vinicio le pareció que le quitaban un peso del corazón. A los espantosos peligros de la fuga, él oponía, para consolarse, la fuerza prodigiosa de Ursus. «Ahora soy yo quien debe pensar en huir — se dijo — y buscar el modo de llegar por los jardines de Domicio á los jardines de Agripina, donde sin duda los encontraré. Allí el humo no será tan sofocante, porque el viento viene de los montes Sabinos.»

En efecto, era tiempo de que pensase en su propia salvación. Se iba aproximando el torrente de fuego. Las columnas de humo envolvían en profundas tinieblas el camino. Una corriente de aire le había apagado la luz. Vinicio abandonó apresuradamente la casa y se dirigió corriendo á la *Via Portuensis*, por donde había venido. Parecía que el fuego se divertía siguiéndole, ora envolviéndolo en el humo, ora cubriéndolo de una lluvia de chispas que caían sobre su espalda, sus cabellos y su túnica. Ésta empezaba á chamuscarse, pero él no lo notaba y seguía corriendo para no morir asfixiado. La boca, la garganta y los pulmones le ardían como el mismo fuego. «Esto es abrasarse vivo, pensaba, y mejor será que me eche en tierra para esperar la muerte.» Cada vez le era más penoso correr. Tenía la cabeza, el cuello y las espaldas bañados en sudor. A no ser por el amor de Licia, que le inspiraba un valor sobrehumano, y por el *capitium*, con el cual se preservaba del humo, tapándose la boca y la nariz, no se hubiera sentido con fuerzas para vivir más tiempo. Al poco rato le fué imposible reconocer las calles por donde pasaba; le iba abandonando la conciencia de sí mismo; una sola palabra no se le borraba de la mente: huir; porque su Licia le esperaba; su Licia, que Pedro le había prometido por esposa. Y de pronto, como visión de un moribundo, creyó que debía ver á Licia, unirse á ella y después morir.

Y siguió corriendo como un loco, vacilando. En tanto el terrible incendio había cambiado, al parecer. Lo que hasta entonces empezaba á contagiarse ardía ya con claras é imponentes llamaradas. El viento no arrastraba ya columnas de humo; un remolino de aire había disipado toda huella, llevando consigo millones de chispas; así es que Vinicio se vió de pronto envuelto en una nube de fuego, que por el momento le ayudó á encontrar el camino verdadero, y cuando estaba á punto de perder las pocas fuerzas que le quedaban, distinguió perfectamente el término de la calle que recorría. Esto pareció darle nuevos alientos. Doblando la esquina, reconoció el camino que conducía á la *Via Portuensis* y al Campo Covetano. Las chispas no volvieron á perseguirle y suponía que, logrando llegar á la *Via Portuensis*, estaría en salvo, aunque allí cayese rendido.

En el fondo de la calle otra espesa nube le cerraba el paso. «¡Otra humareda!, pensó, no lograré atravesarla.» Recogiendo en un supremo esfuerzo cuanto vigor le quedaba, corrió más, arrancándose la túnica que, ardiendo por haber prendido

en ella las chispas, le quemaba las carnes como si hubiera sido la camisa de Neso. No quedándole otra prenda, se arrolló al cuello el *capitium*.

A medida que avanzaba, reconocía que lo que había tomado por nube de humo lo era de polvo, de donde salían gritos y voces confusas.

«La plebe saquea las casas,» pensó Vinicio, encaminándose al sitio de donde partían las voces. Uno u otro había de socorrerle, y antes de llegar á la meta se puso á pedir auxilio con la poca voz que le quedaba. Y este fué su último esfuerzo. Subiósele á los ojos la sangre, le faltó la respiración, las piernas le oscilaron y cayó en tierra.

No en vano había implorado socorro. Acudieron inmediatamente dos hombres con un cubo de agua. Vinicio no estaba más que extenuado, pero no había perdido el sentido. Agarró ávidamente el cubo y bebió.

— Os lo agradezco, dijo. Ayudadme ahora á levantarme y podré continuar.

Le bañaron la cabeza, le levantaron del suelo y le condujeron adonde estaban sus compañeros, que, rodeándole, le preguntaron en seguida por su estado. Tanta piedad no pudo menos de asombrar á Vinicio.

— ¿Quién sois?, les preguntó.

— Estamos derribando las casas para que el fuego no se corra hasta la *Via Portuensis*, respondió uno de los operarios.

— Me habéis ayudado cuando he caído. ¡Gracias os sean dadas!

— No se debe negar á nadie socorro.

Vinicio, que desde la madrugada no había visto más que turbas de personas enfurecidas, asesinatos y agresiones, miraba con creciente atención los rostros que tenía delante, y dijo:

— ¡Cristo os lo pague!

— ¡Sea alabado su nombre!, contestaron todos á coro.

— ¿Lino?., preguntó el tribuno.

Pero no pudo completar la pregunta, por haberle sobrevenido un desmayo. Cuando volvió en sí se halló en un jardín del Campo Covetano, rodeado de hombres y mujeres.

— ¿Dónde está Lino?, fueron sus primeras palabras.

Durante un rato no obtuvo contestación; luego una voz de él conocida dijo:

— Se marchó hace dos días al Ostriano, fuera de la Puerta Nomentana. ¡La paz sea contigo, oh rey de Persia!

Vinicio se levantó y reconoció á Quilón.

— Tu casa seguramente está incendiada, señor, continuó el griego, porque las Carinas están ardiendo; pero tú seguirás siendo tan rico como Midas. ¡Oh! ¡Qué desgracia! Los cristianos, ¡oh hijo de Serapis!, habían profetizado hace tiempo que Roma perecería en el fuego. ¡Lino se halla en el Ostriano con la hija de Júpiter! ¡Oh! ¡Qué desgracia para la ciudad!

Vinicio se sintió próximo á un nuevo síncope.

— ¿La viste?, preguntó.

— La vi, señor. Sea alabado Cristo y sean alabados todos los dioses que me otorgaron la gracia de pagar con esta buena noticia los favores que de ti he recibido. ¡Pero aún te pagaré mejor, oh Ciro!. ¡Te lo juro ante Roma incendiada!

Había llegado la noche; mas el jardín aparecía claro como en pleno día, iluminado por el incendio que iba tomando incremento. Parecía que toda la ciudad se sumergía en aquel océano de fuego.

Toda la bóveda celeste, hasta donde la vista alcanzaba, presentaba vivos matices rojos: ¡una noche roja en la historia del mundo!

XLIV

La luna llena que asomaba tras las colinas, tomando á la luz del incendio el color del hierro candente, parecía que contemplaba con asombro la destrucción de aquella ciudad, que fué reina del mundo. En la claridad rosácea del horizonte también tenían las estrellas un tono de luz rosada; pero, contra lo ordinario y natural, en aquella noche la tierra resplandecía más que el firmamento. Roma iluminaba con sus reflejos toda la Campania. Sobre aquel fondo rojo se destacaban los montes lejanos, las ciudades, las quintas, los templos, los monumentos y los acueductos, sobre los cuales se habían refugiado miles y miles de personas que creían estar allí más seguras y podían contemplar mejor el imponente espectáculo.

El terrible elemento se había propagado á otros barrios. ¡No cabía duda! Manos culpables se encargaban de difundirlo, pues de continuo se producían nuevos incendios en puntos muy distantes del foco principal. De las alturas de Roma, las llamas, semejantes á las olas del mar, descendían hasta los barrios bajos donde estaban las casas de cinco ó seis pisos, con todos los almacenes y comercios, los anfiteatros de madera ambulantes, construídos de modo que pudieran servir para las más variadas funciones, depósitos de leña, de aceitunas, de granos, de nueces, de piñones, que servían de alimento á los pobres, y de vestidos que á veces Nerón, en su grandeza, se dignaba repartir entre los miserables aglomerados en las angostas callejuelas. Allí donde el fuego encontraba, como en esos puntos, tanto material inflamable, una explosión seguía á otra, y con una rapidez increíble invadía todo el distrito. Los que habían acampado fuera de la ciudad ó se habían reunido en los acueductos, deducían, por el color de las llamas, la clase del combustible. Algún soplo de viento más fuerte levantaba millones y millones de cáscaras de avellanas y almendras, que, como numeroso enjambre de moscas luminosas lanzadas al aire de improviso, caían luego, empujadas por el viento, en otros puntos de la ciudad, sobre los acueductos ó en la campiña. Toda esperanza de salvación parecía absurda y el desorden aumentaba por momentos; pues mientras los ciudadanos corrían desde todos los puntos de la ciudad hacia las puertas, para huir al campo abierto, muchos habitantes de las comarcas vecinas, aldeanos y pastores salvajes de la Campania acudían á la ciudad atraídos por el incendio y con la esperanza de un rico botín. «¡Roma está perdida!,» era la frase que brotaba de todos los labios como santo y seña; pero con la caída de la ciudad parecía que toda ley se había hollado, deshecho todo vínculo y roto el freno que contenía á la plebe. Los esclavos ya no admitían distinción alguna entre ellos y los patricios. La destrucción de la urbe grandiosa podía proporcionarles la libertad, y por esto tomaban una actitud amenazadora.

Se sucedían los hurtos y las rapiñas sin interrupción; pero el espectáculo de la ciudad incendiada parecía que tenía el poder de atracción, conteniendo la manifes-